



K K i c D

Una mirada a
la oscuridad

Policías y criminales han sido siempre las dos caras de una misma moneda, pero ningún novelista ha sabido explorar esta perversa simbiosis como Philip K. Dick.

Fred es el agente de policía encargado de investigar y detener a Bob Arctor, peligroso traficante de la adictiva y letal Sustancia D.

Para ello Fred se adentra en un mundo donde resulta difícil diferenciar la realidad de los sueños y se sumerge en un juego perverso con Bob, en el que será a la vez cazador y presa, hasta que la pesadilla culmina con un sorprendente enfrentamiento final entre el policía y el traficante.

Cáusticamente divertida e inquietantemente certera en la descripción de yonquis, colgados, traficantes, buscavidas y policías, quizás sea la novela sobre drogas más desconcertante jamás escrita.

1

Había un tipo que se pasaba el día quitándose bichos del pelo. El médico le dijo que no tenía bichos en el pelo. Después de estar ocho horas en la ducha, bajo el agua caliente, atormentado por los bichos, salió y se secó, y seguía teniendo bichos en el pelo; de hecho, tenía todo el cuerpo cubierto de bichos. Un mes después tenía bichos en los pulmones.

Como no tenía ninguna otra cosa que hacer o en que pensar, empezó a trazar el ciclo vital teórico de los bichos y, con la ayuda de la Britannica, a intentar determinar qué bichos eran aquéllos exactamente. Ahora los tenía por toda la casa. Leyó sobre muchos tipos diferentes y finalmente vio que también había bichos fuera de casa, por lo que concluyó que eran áfidos. Una vez que se decidió ya no cambió de opinión, y no tuvo en cuenta lo que la gente le decía, como «Los áfidos no pican a las personas».

Se lo decían porque las picaduras interminables de los bichos lo atormentaban constantemente. En la tienda de comestibles Seven-Eleven una cadena establecida en la mayor parte de California, compró pulverizadores Raid, Black Flag y Yard Guard. Para empezar pulverizó la casa, y luego se pulverizó él mismo. El Yard Guard parecía el más eficaz.

En cuando a la parte teórica, advirtió tres etapas en el ciclo de los áfidos. Primero, le llegaban a través de lo que él llamaba portadores, que eran gente que desconocía su papel en la distribución de los bichos. Durante esa fase, los

bichos no tenían boca o mandíbulas (aprendió esa palabra durante sus semanas de investigación, ocupación inusualmente libresca para alguien que trabajaba en Handy Brake and Tire reparando los tambores de freno de los coches de la gente). Por tanto, los portadores no sentían nada. Solía sentarse en la esquina de la sala de estar, para observar la entrada de diferentes portadores —la mayor parte de los cuales eran conocidos suyos, aunque a algunos no los había visto nunca— cubiertos de áfidos en aquella fase inofensiva. A veces sonreía para sí, pues sabía que la persona estaba siendo utilizada por los bichos sin darse cuenta.

—¿De qué te ríes, Jerry? —decían.

Él se limitaba a sonreír.

En la fase siguiente, a los bichos les salían alas o algo, no eran alas exactamente; en cualquier caso, eran apéndices funcionales que les permitían desplazarse en enjambres, que era como migraban y se expandían, sobre todo hacia él. Donde él se encontraba, el aire estaba lleno de ellos; su sala de estar, su casa entera, eran una nube. Durante esta fase, él intentaba no inhalarlos.

Lo sentía sobre todo por su perro, porque podía ver como los bichos aterrizaban y se instalaban sobre él, y probablemente se le metían en los pulmones, como se habían metido en los suyos. Era probable que —al menos así se lo decían sus dotes empáticas— el perro estuviera sufriendo tanto como él. ¿Debería regalarlo para que viviera mejor? No, decidió: el perro estaba infectado sin saberlo y se llevaría los bichos con él allí donde fuera.

A veces se duchaba con el perro, intentando limpiarlo también a él. Tenía el mismo éxito con el perro como consigo mismo. Le dolía verlo sufrir; nunca dejaba de intentar ayudarlo. En cierto modo, aquello era lo peor, el sufrimiento del animal, que no podía quejarse.

—¿Qué diablos haces todo el día en la ducha con el maldito perro? —le preguntó una vez su compañero Charles Freck, que llegó cuando se estaba duchando.

Jerry le dijo:

—Tengo que quitarle los áfidos. —Sacó a *Max*, el perro, de la ducha y empezó a secarlo. Charles Freck observó, perplejo, como Jerry untaba al perro con aceite para bebés y le aplicaba talco. Había insecticidas, botes de talco, frascos de aceite para bebés y cremas para la piel apilados y amontonados por toda la casa, la mayoría vacíos; ahora utilizaba muchos botes al día.

—No veo ningún áfido —dijo Charles—. ¿Qué es un áfido?

—Acaba matándote con el tiempo —dijo Jerry—. Eso es un áfido. Los tengo en el pelo, la piel y los pulmones, y el maldito dolor es insoportable. Voy a tener que ir al hospital.

—¿Cómo es posible que yo no los vea?

Jerry dejó al perro en el suelo, envuelto en una toalla, y se arrodilló junto a él.

—Voy a enseñarte uno —dijo. La alfombra estaba llena de áfidos; saltaban por todas partes, arriba y abajo, unos más alto que otros. Buscó uno especialmente grande, porque a la gente les costaba verlos—. Tráeme una botella o un bote —dijo—, de debajo del fregadero. Le pondremos una tapa, así podré llevármelo cuando vaya al médico y él podrá analizarlo.

Charles Freck le llevó un bote de mahonesa vacío. Jerry siguió buscando, y al fin encontró un áfido que saltaba más de un metro en el aire. El áfido tenía unos tres centímetros. Lo cogió, lo llevó hasta el frasco, lo dejó dentro con cuidado y cerró la tapa. Entonces lo sostuvo en alto, triunfante.

—¿Lo ves? —dijo.

—Síiiiiii —dijo Charles Freck, abriendo mucho los ojos mientras escrutaba el contenido del bote—. ¡Qué grande! ¡Guau!

—Ayúdame a buscar más para que los vea el médico —dijo Jerry, que volvió a arrodillarse en la alfombra con el bote a su lado.

—Claro —dijo Charles Freck, e hizo lo mismo.

En una hora tenían tres tarros llenos de bichos. Charles, a pesar de ser la primera vez que lo hacía, halló algunos de los más grandes.

Era un mediodía de junio de 1994. Estaban en California, en una zona de casas de plástico, baratas pero resistentes, que la gente normal había abandonado años atrás. Hacía ya tiempo, Jerry había pintado de blanco todas las ventanas para que no entrara luz; la iluminación de la habitación provenía de una lámpara de pie en la que había atornillado nada menos que unos focos que se mantenían encendidos día y noche, como para abolir el tiempo tanto para él como para sus amigos. Le gustaba; le gustaba liberarse del tiempo. Así podía concentrarse en las cosas importantes sin interrupción. Cosas importantes como ésta: dos hombres arrodillados en la alfombra de esparto, buscando un bicho tras otro y metiéndolos en un tarro tras otro.

—¿Qué conseguimos con esto? —dijo Charles Freck, algo más tarde—. Quiero decir, ¿el médico paga una recompensa o algo? ¿Un premio? ¿Algo de pasta?

—Así ayudo a encontrar un remedio perfecto contra ellos —dijo Jerry.

El dolor, por constante que fuera, había llegado a ser insoportable; nunca se había acostumbrado a él, y sabía que nunca lo haría. El deseo, el ansia de darse otra ducha lo abrumaba.

—Eh, tío —jadeó, poniéndose en pie—, sigue metiéndolos en los tarros mientras yo echo una meada. —Se dirigió al cuarto de baño.

—Vale —dijo Charles; le temblaban las largas piernas mientras se inclinaba hacia un tarro, ahuecando ambas manos. Sin embargo, era un ex combatiente y aún tenía un buen control muscular; consiguió llegar al tarro. Pero entonces dijo de repente—: Eh, Jerry, estos bichos me están asustando un poco. No me gusta estar aquí solo. —Se levantó.

—Maldito hijo de puta —dijo Jerry, jadeando dolorosamente cuando se detuvo un instante en el cuarto de baño.

—¿Por qué no...?

—¡Tengo que mear! —Cerró la puerta con un portazo y abrió el grifo de la ducha. El agua corrió.

—Me da miedo estar aquí. —La voz de Charles llegó débilmente, aunque era evidente que estaba gritando.

—¡Entonces que te jodan! —le respondió Jerry gritando también, y se metió en la ducha. ¿Para qué mierda sirven los amigos?, se preguntó con amargura. ¡Eso estaba mal, muy mal! ¡Jodidamente mal!

—¿Pican estas mierdas? —gritó Jerry, al lado de la puerta.

—Sí, pican —dijo Jerry poniéndose champú en el pelo.

—Es lo que pensaba. —Una pausa—. ¿Puedo lavarme las manos para quitármelos y esperarte?

Putra mierda, pensó Jerry con una furia amarga. No dijo nada; simplemente siguió duchándose. El cabrón no merecía que le contestasen... No prestó atención a Charles Freck, sólo a sí mismo. A sus propias necesidades, vitales, absorbentes, terribles y urgentes. Todo lo demás tendría que esperar. No tenía tiempo, ninguno; estas cosas no podían dejarse para más tarde. Excepto el perro; se preguntó cómo estaría Max, el perro.

Charles Freck telefoneó a alguien que esperaba que tuviera.

—¿Puedes conseguirme unas diez muertes?

—Dios, no tengo ninguna, estoy intentando comprar para mí. Avísame si encuentras alguna, podría quedarme con unas cuantas.

—¿Qué pasa con el suministro?

—Alguna redada, supongo.

Charles Freck colgó y luego se imaginó una escena mientras salía de la cabina de teléfono —nunca se usaba el

teléfono de casa para comprar— y se dejaba caer en el Chevy aparcado. En la escena imaginaria pasaba con el coche por delante del almacén Thrifty, donde tenían un escaparate enorme; botellas de muerte lenta, latas de muerte lenta, tarros y bañeras y tintas y tazones de muerte lenta, millones de cápsulas y tabletas y dosis de muerte lenta, muerte lenta mezclada con metanfetaminas y heroína y barbitúricos y psicodélicos, todo, y un cartel gigante: CONCEDEMOS CRÉDITO. Por no mencionar: PRECIOS BAJÍSIMOS, LOS MÁS BAJOS DE LA CIUDAD.

Pero en la realidad, en el escaparate del Thrifty normalmente no había nada: peines, botellas de aceite mineral, botes de desodorante en spray, siempre ese tipo de basura. Pero seguro que la farmacia de atrás tiene muerte lenta bajo llave intacta, pura, sin adulterar, sin cortar, pensó mientras conducía por Harbor Boulevard hacia el tráfico de la tarde. Una bolsa de unos veinticinco kilos.

Se preguntó cuándo y cómo descargaban la bolsa de veinticinco kilos de Sustancia D en la farmacia Thrifty todas las mañanas, de dondequiera que viniese; tal vez de Suiza o si no de un planeta donde vivía una raza de sabios. Probablemente la entregaban muy temprano y con guardias armados: polis con rifles láser y aspecto imponente, como siempre tenían los polis. Si alguien me roba mi muerte lenta, pensó, dentro de la cabeza del poli, me lo cargo.

Probablemente la Sustancia D se encuentre en cualquier medicamento legal que valga algo, pensó. Una pizca aquí y otra allí según una fórmula exclusiva y secreta de la casa fabricante de Alemania o Suiza que la inventó. Pero él sabía la verdad; las autoridades se cargaban o metían en la cárcel a cualquiera que la vendiera, la transportara o la consumiera, así que en ese caso al almacén Thrifty —todos los millones de almacenes Thrifty— le dispararían o lo bombardearían para que cerrara o le pondrían una multa. Probablemente sólo le pusieran una multa. El Thrifty tenía enchufe.

En cualquier caso, ¿cómo se disparaba a una cadena de grandes almacenes? ¿O la matabas?

Sólo tienen cosas normales, pensó mientras pasaba por delante. Se sentía fatal porque en su escondite sólo le quedaban trescientas tabletas de muerte lenta. Enterradas en el patio del fondo debajo de la camelia, la híbrida, con aquellas grandes flores tan guays que no se marchitaban en primavera. Sólo tengo para una semana, pensó. ¿Qué pasará cuando se me acabe? Mierda.

Imagínate que a toda la gente de California y parte de la de Oregón se le acaba el mismo día, pensó. Guau.

Era la mejor escena fantástica de terror que se le había ocurrido en todos los tiempos, la que se les debía ocurrir a todos los colgados. Toda la parte occidental de Estados Unidos quedándose sin reservas al mismo tiempo y todo el mundo con el síndrome de abstinencia en el mismo día, probablemente sobre las seis de la mañana del domingo, cuando la gente que no se drogaba se vestía para ir a la jodida misa.

Escena: La Primera Iglesia Episcopal de Pasadena, a las 8.30 de la mañana del Domingo del Mono.

—Queridos feligreses, en este momento de necesidad pidamos ayuda a Dios. Que intervenga en la agonía de quienes se encuentran retorciéndose en su cama con el síndrome de abstinencia.

—Sí, sí —asintió la congregación con el sacerdote.

—Pero antes de que ÉL intervenga con una nueva remesa de...

Era evidente que un poli había notado algo en la forma de conducir de Charles Freck que él no había visto; había salido del aparcamiento y lo estaba siguiendo, de momento sin luces ni sirenas, pero...

Tal vez esté haciendo esos o algo, pensó. El puto coche de la bofia me ha visto hacer algo raro. Me preguntó qué será.

POLI: —Muy bien, ¿cómo se llama?

—¿Cómo me llamo? (NO ME ACUERDO DE CÓMO ME LLAMO).

—¿No sabe cómo se llama? —El poli hace señales a otro poli del coche patrulla—. Este tío está colocadísimo.

—No me dispare aquí —dice Charles Freck en su escena de horror imaginaria inducida por la visión del poli que lo seguía—. Al menos lléveme a comisaría y díspareme allí, donde no lo vea nadie.

Para sobrevivir en este estado policial fascista, pensó, siempre tienes que ser capaz de dar un nombre, tu nombre. En todo momento. Ése es el primer signo de que estás muy nervioso que ellos buscan, que no seas capaz de decirles quién diablos eres.

Lo que voy a hacer, decidí, es pasar en cuanto vea un sitio para aparcar, me apartaré voluntariamente antes de que ponga las luces o haga algo, y entonces cuando se pare a mi lado le diré que tengo una rueda floja o algún problema mecánico.

Eso siempre les encanta, pensó. Que te rindas así y no puedas continuar. Es como si te arrojaras al suelo como hacen los animales, exponiendo el vientre suave, desprotegido e indefenso. Eso haré, pensó.

Lo hizo, apartándose a la derecha y pegando las ruedas delanteras del coche contra el bordillo. El coche de policía siguió su camino.

He parado para nada, pensó. Ahora va a ser difícil volver a salir, hay mucho tráfico. Apagó el motor. A lo mejor me quedo aquí aparcado un rato, decidí, y medito en alfa o atravieso diferentes estados de conciencia. Posiblemente observando cómo pasan las tías por la acera. Me pregunto si harán bioscopios para cuando estás cachondo. En lugar de alfa. Las ondas cachondas, primero muy cortas, luego más largas, más y más grandes, hasta que se salen de la escala.

Esto no me lleva a ninguna parte, pensó. Debería estar por ahí fuera intentando localizar a alguien que tenga. De-

bo encontrar a alguien que me suministre o muy pronto estaré alucinando, y entonces no seré capaz de hacer nada. Ni siquiera estar parado en el bordillo como ahora. No sólo no sabré quién soy, tampoco sabré dónde estoy, o qué está pasando.

¿Qué está pasando?, se preguntó. ¿Qué día es hoy? Si supiera qué día es sabría todo lo demás; iría recordando poco a poco.

Miércoles, en el centro de L.A., sección Westwood. Delante, uno de esos gigantescos centros comerciales rodeados por un muro en el que rebotas como una pelota de goma, a menos que tengan encima una tarjeta de crédito y entres por el arco electrónico. Como no tenía crédito para ninguno de los centros comerciales, sus conocimientos de cómo eran las tiendas por dentro se basaban exclusivamente en informes orales. Un buen montón de gente, evidentemente, vendiendo buenos productos a las personas que no se drogaban, sobre todo mujeres. Observó a los guardas armados y uniformados que había en la puerta del centro comercial, cacheando a cada persona que entraba. Comprobando que el hombre o la mujer fuera el propietario de una tarjeta de crédito y no la hubiera robado, vendido, comprado, utilizado fraudulentamente. Montones de gente entraban por la puerta, pero se imaginó que sin duda muchos iban sólo a mirar los escaparates. Toda esa gente no puede tener pasta o ganas de comprar a esta hora del día, reflexionó. Es pronto, sólo las dos pasadas. Por la noche; entonces sí. Todas las tiendas iluminadas. Él podía —todos los hermanos y hermanas podían— ver las luces desde fuera, como cascadas de chispas, como un parque de atracciones para niños grandes.

En las tiendas de este lado del complejo, que no requerían tarjeta de crédito, sin guardas armados, no se vendían cosas muy caras. Tiendas de cosas pequeñas: una tienda de zapatos y una de televisores, una panadería, un puesto de reparación de pequeños electrodomésticos, una lavan-

dería automática. Observó a una chica con una chaqueta corta de plástico y unos pantalones elásticos que vagaba de tienda en tienda; tenía el pelo bonito, pero no le veía la cara, no veía si era guapa. No tiene mal tipo, pensó. La chica se paró un rato frente a un escaparate de artículos de piel. Estaba mirando un bolso con borlas; la veía que lo estudiaba atentamente, pensar, hacer planes para el bolso.

Seguro que entra y pide que se lo enseñen, pensó.

La chica entró rápidamente en la tienda, como se había imaginado. Otra chica pasó entre el tráfico de la acera, ésta con una blusa con volantes, tacones altos, el pelo plateado y demasiado maquillaje. Intenta parecer mayor de lo que es, pensó él. Probablemente todavía esté en el instituto. Después de ella no llegó nadie que mereciera la pena mencionar, así que quitó la cuerda que mantenía cerrada la guantera y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y puso la radio del coche, en una emisora de rock. Antes tenía un radiocasete estéreo, pero al final, un día que estaba cargando se olvidó de llevársela cuando cerró el coche; naturalmente, cuando volvió le habían robado todo el equipo. Eso es lo que pasa cuando no andas con cuidado, había pensado, y por eso ahora sólo tenía una radio chapucera. Algún día se la llevarán, también. Pero sabía dónde podía conseguir otra por casi nada, de segunda mano. De todas formas, el coche estaba para el desguace; el filtro del aceite estaba destrozado y la compresión era bajísima. Era evidente que había quemado una válvula en la autopista una noche que volvía a casa con un buen puñado de un material excelente; a veces cuando compraba mucho se ponía paranoico, no tanto por la policía como por si le robaban. Algunos tíos estaban desesperados por el síndrome de abstinencia y se portaban como unos cabronazos.

Una chica que pasaba le llamó la atención. Pelo negro, guapa, paso lento; llevaba una blusa corta abierta y unos pantalones tejanos blancos muy lavados. Eh, la conozco, pensó. Es la chica de Bob Arctor. Es Donna.

Abrió la puerta del coche con un empujón y salió. La chica lo miró y siguió andando. Él la siguió.

Cree que intento tirármela, pensó mientras serpenteaba entre la gente. Qué rápido, aumentó la velocidad; ahora apenas distinguía sus facciones cuando ella se volvía. Tenía una cara firme, serena... Vio unos ojos grandes que lo estudiaban. Calculando su velocidad y si llegaría a atraparla. No a este ritmo, pensó él. Se mueve rápido de verdad.

En la esquina, la gente se había parado esperando a que la señal dijera ADELANTE en lugar de DETÉNGASE; los coches giraban a la izquierda a gran velocidad. Pero la chica siguió andando, rápido pero con dignidad, abriéndose paso ente los coches lanzados. Los conductores la miraron con indignación. Ella pareció no darse cuenta.

—¡Donna! —Cuando la señal dijo ADELANTE cruzó corriendo detrás de ella y llegó a su altura. En lugar de correr, la chica se limitó a caminar con rapidez—. ¿No eres la novia de Bob? —dijo él. Consiguió ponerse delante de ella para examinarle la cara.

—No —dijo ella—. No. —Se acercó a él, directamente hacia él; Freck se echó hacia atrás, porque ella tenía un cuchillo corto apuntándole al estómago—. Piérdete —dijo la chica, y siguió avanzando sin aminorar la marcha ni vacilar.

—Estoy seguro de que eres tú —dijo él—. Te vi en su casa. —Apenas distinguía el cuchillo, apenas una fracción diminuta de la hoja de metal, pero sabía que estaba allí. Lo apuñalaría y seguiría andando. Protestó, sin dejar de retroceder. La chica tenía el cuchillo tan bien escondido que probablemente nadie de los que pasaban por allí podía verlo. Pero él sí; iba directamente en su dirección mientras ella se aproximaba sin vacilar. Se hizo a un lado, entonces, y la chica siguió su camino, en silencio.

—¡Santo Dios! —dijo a su espalda. Sé que es Donna, pensó. Lo que pasa es que no se acuerda de mí, de que me conoce. Asustada, supongo; asustada porque piensa que voy a intentar enrollarme con ella. Tienes que tener

cuidado, pensó, cuando te acercas a una tía extraña en la calle; están todas preparadas ahora. Les han pasado demasiadas cosas.

Extraño cuchillo, pensó. Las tías no deberían llevarlos; cualquier tío podría doblarle la muñeca y apuntarle a ella con la hoja en cuanto quisiera. Yo podría haberlo echo. Si de verdad hubiera querido tirármela. Se quedó allí, sintiéndose enfadado. Sé que era Donna, pensó.

Cuando emprendió el camino hacia el coche aparcado, se dio cuenta de que la chica se había detenido, había salido de la corriente de transeúntes y ahora lo miraba en silencio.

Caminó hacia ella con precaución.

—Una noche —dijo—, yo y Bob y otra tía estábamos escuchando unas viejas cintas de Simon and Garfunkel, y tú estabas allí... —Había estado llenando cápsulas de muerte de calidad superior, una a una, concienzudamente. Durante más de una hora. Lo mejor. Número Uno: Muerte. Después de terminar les había dado una a cada uno y se las habían tomado, todos juntos. Excepto ella. Yo sólo las vendo, había dicho. Si empezara a tomármelas me comería todos los beneficios.

La chica dijo:

—Pensaba que ibas a tirarme al suelo y a follarme.

—No —dijo él—. Sólo me preguntaba si... —vaciló—. ¿Cómo te iba a follar aquí, en la acera? —añadió, sorprendido—. ¿A la luz del día?

—Quizás en un portal. O metiéndome en un coche.

—Te conozco —protestó él—. Y Arctor me mataría si hiciera eso.

—Bueno, no te reconocí. —Se acercó a él tres pasos—. Soy un poco miope.

—Deberías llevar lentillas. —Tenía, pensó, unos ojos oscuros preciosos, grandes y cálidos. Lo que significaba que no estaba drogada.

—Tenía unas. Pero una se me cayó en una olla de ponche. Un ponche de ácido, en un fiesta. Se hundió hasta el fondo, y supongo que alguien la cogió y se la bebió. Espero que estuviera buena; me costaron treinta y cinco dólares, nuevas.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—Me follarás en el coche.

—No —dijo él—. Ahora mismo no puedo hacerlo, en estas últimas dos semanas. Debe de ser que están adulterando todo el material. Con algún producto químico.

—Es un argumento muy bueno, pero ya lo he oído antes. Todo el mundo me folla. —Se corrigió—. Lo intenta, al menos. Ser una tía es así. Ahora mismo estoy demandando a un tío, por acoso y asalto. Estamos pidiendo daños y perjuicios por más de cuatro mil.

—¿Hasta dónde llegó?

Donna dijo:

—Me tocó una teta.

—Eso no vale cuatro mil.

Juntos, volvieron andando al coche.

—¿Tienes algo que vender? —preguntó él—. Estoy fatal. Casi no me queda nada, en realidad, Dios, no tengo nada, imagínate. Aunque sean unas pocas, si pudieras guardarme unas pocas.

—Puedo conseguirte algo.

—Tabletas —dijo él—. No me pincho.

—Sí —Donna asintió con determinación, bajando la cabeza—. Pero, mira, ahora mismo están muy escasas, el suministro se ha interrumpido temporalmente. Supongo que ya te habrás dado cuenta. No puedo conseguirte muchas, pero...

—¿Cuándo? —interrumpió Freck. Habían llegado al coche; se detuvo, abrió la puerta, entró. Donna entró por el otro lado. Se sentaron uno junto al otro.

—Pasado mañana —dijo Donna—. Si puedo ponerme en contacto con ese tío. Creo que podré.